

Buscando el Norte

I. La Partida

Tic tac, tic tac... La Amalia nunca tenía miedo. -Eso creía yo al verla, Siempre segura, siempre fuerte-. Tic tac, Tic tac... Ante el peligro callaba, aligeraba los pasos. *Rápido rapidito, no vaya a ser que te deje el tren*, susurraba la niña de los ojos miel. Y reía. Tic tac, Tic Tac... El corazón se le quiere salir del pecho. Es la adrenalina, la emoción del viaje. Tic tac, tic tac... Pensamientos confusos, ideas vienen y van en su cabecita diálogos internos que terminan siempre bien, porque todo va a estar bien. *No voy sola, voy con Dios*, decía. Tic tac, tic tac. Este no es un viaje cualquiera. Es una apuesta por la libertad y la vida. Tic tac, tic tac... Quedarse en casa es arriesgarse. Partir es arriesgarse. Llegar es... salvarse. Verá a mamá y, con suerte, a papá -si le dan la libertad-. La inocencia y la esperanza son el motor de su andar.

Tenía 3 años cuando se marcharon de San Pedro Sula. No recuerda ni sus risas ni su voz, pero ya no importa. Hay mucho tiempo para retomar el tiempo. Les abrazaría primero y después les contaría su vida, el colegio, las amigas, pachito -el amiguito-, su fiesta de 15, los abuelos y sus luchas día a día, la complicada situación de Honduras, su deseo de ser abogada, la emoción de estar juntos de nuevo. ¡Qué felicidad! ¿Cuánto tiempo es para siempre?. A veces, solo un segundo... Tic, tac, tic tac... Después de mucha espera llegó el gran día. ¡Por fin! Empieza su aventura al norte y allá la vida es mejor -eso dice todo el mundo-.

Tic tac, tic tac... La partida es a las 4:00 a.m., el cielo está muy oscuro, no hay estrellas que iluminen el camino pero el canto de los pájaros anuncia el amanecer. Desde la puerta de la casa sus abuelos le desean lo mejor. Entre lágrimas y bendiciones se despiden de su niña, resignados. Ellos sí tienen miedo. No importa que vaya vestida de «hombrecito», su vestuario es un escudo tan frágil como ella: gorra negra, *jeans*, camisa de rayas bien grande, una pequeña navaja en la mochila. Ya les quitaron a sus hijos: uno murió en enfrentamientos de pandillas y el otro espera su destino en una cárcel de los *Estados*. El sustento y las ilusiones sobre las que basaron su vida, los perdieron.

-¿Estás lista *mijita*?-, pregunta la abuela.

-Sí-, responde la nieta.

El corazón se agolpa en el pecho y una lágrima brota de sus ojos miel. Por un instante duda. ¿Y si se quedara estudiando y trabajando por sus viejos? Se abrazan fuertemente. No quieren soltarse. Han estado juntas toda la vida. Amalia es lo único que les queda a los ancianos. Pero no la pueden retener. Vivir en la Rivera, su barrio, es cada vez más difícil, los enfrentamientos se agudizan. En las noches las balas resuenan entre los techos, el rastro de la sangre en el asfalto, cuerpos tendidos en el suelo amenazan a los habitantes. Cualquiera puede ser la próxima víctima. Las adolescentes definitivamente son. Amalia está creciendo, su figura es delgadita y su caminar gracioso. Los *mareros* quieren mujeres. Tiene que irse y llegar a su destino protegida por los ángeles del camino. Tic tac, Tic tac... Lleva en un bolsillo la foto de su familia y una vieja carta para su papá. Se suelta tiernamente de su abuela. Un beso en la frente, una caricia —Pronto mandaré por ti-, dice sonriendo. Da media vuelta y se va.

Cruces se dibujan en el aire, una abuela da su bendición contra el mal y peligro.

II. Las amigas del camino

A Amalia la conocí en Chiapas. Al cruzar las fronteras la gente se une para apoyarse, los grandes cargan a los chicos, los sanos ayudan a los enfermos y así vamos caminando. En ese grupo venía gente de muy lejos y hablaban otras lenguas. Haitianos y africanos, creo. Llegaron en balsas por mar, a pie por brechas y cerros, escondidos en camiones de carga, con niñas, niños y bebés. ¡Como nosotros! Pero en una travesía muuuucho más larga.

Cuerpos multicolores, frágiles y hermosos, tomando agua y bañándose en el río. Algunos cubanos contaban las historias del camino: *Que subieron una montaña gigante en la selva del Darién, que atravesaron un río que se inundó, que una mujer murió con dos niños, que hay cadáveres tirados por ahí...* De solo pensar cuánto nos faltaba, e imaginando todo lo que aún podría suceder, me asusté. Y de repente, la vi. Como una ilusión. Una muchacha sola en medio de un montón de gente, y no parecía asustada. Se veía tranquila y segura, serena, sentada entre cientos de tiendas de plástico, a la orilla del río. Era Amalia. ¡La admiré desde ese instante! Se sentó a mi lado con una sonrisa, quizás porque vio mi cara de espanto al escuchar los cuentos de los cubanos, y me regaló un mango.

—¿Cómo te llamas?-, preguntó.

—Gabriela-, respondí —¿Y tu?

– Amalia-, dijo. –Un placer-. Y sonrió.
–¿De dónde eres Gabriela?
– De El Salvador.
– No conozco a ningún *guanaco*-, comentó. – ¿Cómo es El Salvador?-.
– Ahora me conoces a mí-, bromeé, y seguí: – Chiquito y sufrido. Cuando no son las *maras* son temblores y cuando sobrevivimos a eso es la pobreza lo que nos espera. La maestra dice que El Salvador fue olvidado por Dios-. Suspiré y callamos. Mirando al río los pensamientos fluyen. Y empecé con mi preguntadera:
–Y tu... ¿De dónde eres?
–De Honduras.
–Y... ¿por qué viajas sola?-, inquirí, porque soy curiosa como dice la mamá. Quería saber cómo una chica tan delgadita y tan jovencita, era capaz de hacer este camino solita. –¡Yo no podría!-.
–Porque no tengo a nadie que pueda acompañarme-, respondió serenamente.
–Mis padres están en los *Estados*, mi hermano tenía 12 años cuando la *Mara* lo reclutó, y no fue la última vez que amenazaron a mi familia. Después de un tiempo empezaron a acosarme, mis abuelos son muy viejos para protegerme. Tuve que irme. He viajado mucho tiempo y ha sido difícil, el camino es complicado, pero vivir allá también. Tener una amiga sería bonito ¿No te parece?- y sonrió. Ojos de miel reflejando una tristeza infinita y esa sonrisa que jamás olvidaré.
– ¡Sí! Sería bonito-. Mordí el mango y pensé en su viaje solitario...
–¿No tienes miedo?, proseguí.
–mmm... No. En este camino uno no va solo, va con Dios-. Yo le creí.
–Mamá, ¿Podemos ir con Amalia?-, pregunté. – Sí-, respondió.

Amalia es mi hermana de viaje. Ahora estaremos juntas para siempre.

III. Los peligros de la ruta

Viajamos juntas dos semanas y me pareció una vida entera. En las noches mirábamos las estrellas, me contaba su historia y los pormenores de su ruta desde que salió de casa. Se fue con un grupo de amigos. Honduras no fue tan difícil, hasta les dieron «aventón» a Guatemala. Allí empezó lo duro. Caminatas de horas y horas, días comían, días no. Esconderse de la policía, los malandros, supervisar zonas. En la frontera hay que hacer guardias porque hay personas que te siguen. Todo el tiempo están al acecho, como hienas vigilantes de sus presas, esperando a que te descuides. Gente de civil. Traficantes de personas y órganos, pandilleros y delincuentes. En cualquier momento te duermes y

¡Zaz! te meriendan. Eso le pasó a Tita, la más chiquita del grupo. 13 años tenía Tita, ¡como yo!. Después de días de poco comer y dormir, Amalia y todos los chicos del grupo con el que viajaba discutían impacientes la ruta que debían seguir.

—La vía del tren, llamado *La Bestia*, es la mejor opción-, concordaron algunos.
—Pero está siempre vigilada-, dijo uno: —y si no logramos subir y alguno se queda en las ruedas-.

—También está el río-, explicó otro.

—Pero allí hay policías-, respondió uno más.

—¡Yo no me quiero devolver por nada del mundo, no quiero que la migra me agarre!-, determinó el más grande.

—Estoy cansada de ustedes, de este viaje, de comer peor que un perro, de dormir a la intemperie, de tener miedo todo el tiempo, con cualquier ruido o movimiento, de estar huyendo siempre, corra de la *migra*, cuídese de los bandidos. Y Tita se cansó. —*¡No más!*- Dijo —*¡Me voy!*-. Y Se separó del grupo, Tita. La más bonita, de cabellos rubios y mejillas rosaditas. Pero no llegó muy lejos. Los estaban vigilando, acechando paso a paso. Los bandidos la cogieron solita. Sus *jeans* y la navajita en la mochila no fueron suficientes. Sus gritos ni se oyeron. Tita, la más chiquita. La encontraron tirada y desnuda, no pudieron protegerla ni animarla. Amalia recordó que antes de partir le habían dicho que tomara anticonceptivos porque esto podía pasar. Los pandilleros, los *polleros*, cualquiera te puede violar. Fueron los *Zetas* porque tenían la 'Z' tatuada. El grupo se dividió. Ella no volvió a hablar, lloraba y lloraba, mientras la vestían lloraba, a moco tendido y sin parar lloraba. Se tiró a la carretera, haciéndole señales a la migra. La identificaron. Se acercaron. —*¡Vámonos ya!*- gritó uno de los chicos. Y corrieron. Las chicas acompañaron a la Tita.

Tic tac, Tic tac... Amalia nunca tenía miedo, o eso parecía. Es la emoción del viaje, decía. Tic tac, tic tac... ¿Cuánto tiempo es para siempre?. A veces, solo un segundo. Metió la mano en el bolsillo donde tenía la foto de su familia y la carta para su papá. Recobró las energías y corrió a toda velocidad atrás de sus amigos, se enredó entre matorrales y corrió, se cortó y corrió. Pronto vería a mamá, y con suerte a papá. Corrió y corrió. ¡Y cayó!. Tic Tac...

Cuando se levantó estaba sola. No sabe por cuánto tiempo durmió. No alcanzó a los chicos, quizás se fueron en *La Bestia*. Y Amalia lloró desconsoladamente. Hay momentos tan oscuros y dolorosos en la vida, que sin las oraciones de una abuela sería imposible continuar.

Después de contarme estas historias, como para sacárselas de adentro, Amalia me hacía cerrar los ojos e imaginar nuestra vida cuando llegáramos al norte. A ella siempre se le ocurrían cosas bien bonitas.

IV. Al borde de la frontera: entre *polleros* y policías

El *pollero* viene llegando. —Viajamos de noche. Es más seguro. No vaya a ser que nos agarren y estamos en problemas. Calladitos y quieticos, que no los vean. Jajaja-, dijo burlándose antes de irse. Sus carcajadas resuenan en mi cabeza. El *Pollero* tiene voz ronca y mirada profunda. *Fulminante*, diría mi mamá: *en él no se puede confiar*. Su caminar fuerte con botas de cuero y puntillas de acero, y la pistola que carga en su cinturón, me asustan. ¿Cuánto le pagamos? Nos sacó un montón de plata. ¿Y hace cuánto que se fue?

Agrupados unos sobre otros en una camioneta: mi mamá, mi hermano, Amalia, otras cuatro personas y yo, tratamos de dormir ocupando un mínimo espacio. No podemos. No es muy cómodo. Acurrucadita pienso y pienso, en Tita, en los bebés africanos, en nuestro destino. Me duele muuucho la espalda. Llevamos dos días cruzando el desierto, sin agua, sin comida, maltratados. El camino ha sido difícil pero, como dice Amalia: *lo importante es llegar*. O, como dice mi mamá: *No pienses en el camino, piensa en el abrazo de tu abuelo*. Por ella hemos cruzado El Salvador, Guatemala y México. Estamos cerquita de la frontera pero el miedo no se ha ido. Soy una cobarde, lo sé. Está instalado en mi cabeza y lo siento hasta los huesos. Me duele todo. No soy como mi mamá o Amalia. El viaje al Norte sin sello en el pasaporte es más duro de lo que pensaba. Más como una película de suspenso o terror. Nunca se sabe lo qué va a pasar.

Tic tac, Tic tac... Pronto amanecerá y no puedo dormir. Los minutos parecen horas. Siento el viento frío del desierto soplar fuerte contra la camioneta. Los aullidos de los coyotes se escuchan muy cerca. De repente, pasos. Tic tac, Tic tac... Allí, en medio de la nada. El *pollero* viene llegando. Tiene que ser él. *¡Crack! ¡Crack!* Ha pasado mucho tiempo desde que se fue. Cada segundo dura una eternidad. *¡Crack!* Ramas secas pisoteadas. *¡Crackkk!* Cuerpo pesado avanza en la arena. *¡Crack! ¡Crack!* Son las 4:00 de la mañana y no ha vuelto. *¡Crack!* Perdimos una noche. *¡Craaackkk!* Son los pasos de más de uno. No está solo el *pollero*... Entre el eco del viento, que resopla en mis oídos, el frío insoportable del desierto y el crack crack de esos pasos, me desespero. Los dientes me chasquean. Tirito sin control. Quiero gritarle en la cara, ¡que me escuche y se de cuenta de lo inconsciente que es!. Nuestra vida está en juego

y parece no importarle. ¡Definitivamente, no le importa!. Mis ojos, que le huyen desde el primer día, ahora desean verle. ¡Lloro!. Aunque le tengo miedo, saber que está acá, guiándonos en el desierto, me da seguridad. ¡Crack! ¡Crack!. ¿Qué está pasando ahora? Muchas ideas en mi cabeza, parecidas a las que sentí cuando empezaron a cobrar las extorsiones en el restaurante de mamá. Allí comenzó el viacrucis familiar. Semana tras semana por dos años, pagando para sobrevivir. Llegar del colegio se volvió una tortura. Siempre habían malas noticias. A duras penas terminé el tercer grado. —Mamá ¿Y si nos morimos?-, le pregunté un día. Ella lloró. Salir de allí fue muy difícil, pero al final lo logramos. Este es el camino de liberación de mi familia. Tic tac, Tic tac... ¡¿Por qué nos dejó aquí?!, grito. —¡Shhh! ¡Gabriela!. Cálmate y agáchate niñita-. Es mi mamá regañándome. —Hay hombres acercándose-, dice Amalia suavemente. Mi cabeza da vueltas y la respiración se agita, el aire me falta. Tengo un presentimiento. ¡Crack! ¡Crack!.

Luces directo al rostro. Fulminantes de ojos. No es el *pollero*. La policía de Frontera. —¡Nos jodimos!-, dice mi hermano.

¡Aquí termina todo!.

Luego de que el *pollero* nos dejara, se fuera a emborrachar y abriera la boca más de la cuenta, luces al rostro, fulminantes de ojos: ¡*Arriba las manos, es la policía de frontera!*, todo pasó en segundos. ¡*Están detenidos!*, golpes en la camioneta. *Bueno, bueno, bueno, rápido pues que no tenemos toda la vida. Hombres a un lado, mujeres al otro, fuera zapatos y cinturones...* nos separaron. Mi presentimiento se cumplió. A mi mamá la llevaron a la zona de mujeres, a mi hermano a la de hombres y yo a la de niños. A Amalia no la volví a ver. Las mentiras que nos dan fueron su perdición: *No anden con documentos porque si los agarran van a saber de dónde son*. El peor error que uno puede cometer es botar los documentos, y Amalia los botó. Dicen que se la llevaron a un centro de detención para identificarla. No sé qué va a pasar con ella. Hay personas allí que llevan meses esperando. Pobrecita mi Amalia ¿Tendrá miedo?.

V. Encuentros y despedidas

Hay un planeta cuyos habitantes dominantes se nombran así mismos: humanos. A estos seres les gusta diferenciarse de los otros, con la idea de la evolución. Primero de otras especies, porque creen que tienen mayor consciencia; después entre sí para ver quién es más fuerte. Se separan por

formas, idiomas, colores, sabores... Así, entre categoría y categoría, se dividieron en países. Dibujaron unas líneas a las que llamaron fronteras. Depende del lado en que estás eres más o menos afortunado. Colocaron guardias, garitas, cañones, para la seguridad. La idea de la frontera es que nadie pasa al otro lado sin ser invitado. Muchos lo intentan... Unos pueden traspasarla, otros no. Nosotros quedamos acá. Perdimos el Norte...

Así conocí a Luis, contándome historias en el albergue de Reynosa. Apenas sabe leer y escribir pero narra unos cuentos bellísimos. El *cuentacuentos* utiliza todo su cuerpo largo y flaco para moverse y acompañar el relato caminando por la habitación, dice que lo aprendió de su abuelo. Su gran sonrisa es como una luz en estos momentos.

Luis es un muchacho de Quiché que atravesó la frontera de Guatemala por Tapachula. Cansado de la pobreza de su comunidad, de no tener casi nunca con qué comer y de que su padrastro maltratara a su mamá, hizo un plan, pidió prestado dinero. Se endeudó. \$10000 al 10% de interés. Él atravesaría fronteras hasta los *Estados*, empezaría a colaborar con *un su tío*, porque allá la vida es más fácil, hay trabajo y se gana en dólares, luego mandaría por su mamá y pagaría la deuda. ¡El plan perfecto!. Todo iba muy bien. Casi llega a Mc Allen. Casi, casi. Pero no. Algo falló: Luces directo al rostro, fulminantes de ojos. Y se quedó del lado de acá. Por ahora estamos juntos. Luis es mi nuevo amigo de viaje. Estaba solita y triste y con sus cuentos me hizo olvidar, volví a soñar y a reír.

En ese mismo planeta donde habitan los humanos, hay otras criaturas: pájaros que vuelan libres y migran cuando tienen calor o frío, cuando las ramas de los árboles se secan o se inundan de nieve. Allá donde llegan hay nuevos árboles y amigos de otros colores los dejan anidar. Todo está naturalmente ordenado y los animales viven en armonía. Los peces van de un lado al otro, dejándose llevar por las corrientes marinas... ¿Te imaginas como sería si unos peces les dijeran a otros ‘oye tú, el de azul, de esta rayita para acá no puedes pasar’?

Y reímos, jajaja. Luis y yo. Y por un momento sueño que no soy humana y dejo atrás todas esas rayitas imaginarias llamadas fronteras y me convierto en pájaro y vuelo libre a donde quiero con mi mamá, con mi hermano, con Luis y con Amalia. Luis me hace olvidar mis miedos...

—¡Bueno, bueno, bueno!. Dejemos los cuentitos y nos vamos organizando que

ya vienen por ustedes-, gritó el Sargento, cortando la historia de Luis sobre planetas y peces migratorios, y empezó a enlistarnos: López, Lemus, Flores, Cruz... Luis Cruz. Fue la última vez que lo vi. Lo abracé muy fuerte. Y lloré.

—Otro amigo que perdí-, dije sollozando.

—No-, respondió. —Otro amigo más- y sonrió.

VI. El regreso

La ida: 40 días de miedo y vértigo. La vuelta: 40 horas en bus con aire acondicionado, televisión y baño. Viajando tan cómoda, no me despegué de la ventana. Quería ver la otra ruta, la que hacen esos a quienes les permiten pasar de la rayita *pa´allá*. En el camino pensé en Amalia, en Luis, en Tita, en los africanos y las historias de los cubanos, en ¿Cuánta gente pasaría y cuánta se quedaría?, en el abuelo ¿Cuándo lo podré ver?. Me sentía frustrada. Con todo y el viaje de «lujo» que nos dieron. Mi mamá también estaba bien triste, miré su reflejo en la ventana y lo noté. La abracé. Nos quedamos así un buen rato... hasta que me dormí en sus brazos.

Mi mamá pidió asilo político en México pero se lo negaron:

—Nosotros no podemos vivir en El Salvador-, le decía al señor de migración antes de que nos subieran al bus.

—Señora, no puedo hacer nada-, respondía secamente el oficial.

—Tenemos un signo de cruz en la frente, intentamos escapar de la extorsión, y en nuestro país eso se paga con la vida, entiende usted señor-, continuaba mi mamá, casi implorando.

—Lo siento pero es la Ley-.

Con eso determinó nuestra ruta de vuelta a El Salvador. ¡Tardas tanto en tocar la frontera y tan poco en volver, que parece una broma! Después de semejante viaje estás en el mismo punto de partida y más vulnerable que nunca. En esta situación ¿Quién podría ayudarnos?

La respuesta la buscamos en un programa de retornados del gobierno. Con la esperanza de protección mi mamá nos inscribió. Allí nos atendieron, fuimos con un psicólogo, le conté todas mis historias. Luego nos capacitaron y dieron consejos sobre dónde vivir y qué hacer. Nos recomendaron cambiar de ciudad. Ahora vamos a Usulután.

Antes de partir me comuniqué con Luis para contarle mis noticias:

—Estoy trabajando en fincas para pagar el dinero del préstamo-, me dijo. —¡Ni pensar en los estudios porque es difícil con la deuda!. Toca abonar \$230 mes a mes, pero allí voy. Algún día lo lograré. Aun estoy joven y tengo tiempo-.

De Amalia no sé nada. No sé si la deportaron a Honduras o está aún en el albergue, esperando ser identificada. Recuerdo su sonrisa, su voz suave, lo espantoso de su viaje y como me tranquilizaba con sus sueños de la vida en el norte. Cuando miro a las estrellas la imagino. La chica que nunca tenía miedo y en su camino iba confiada, logró pasar y como un pájaro que migra en libertad, está anidando con mamá y papá.

La vida no es fácil a la vuelta. El futuro es incierto para nosotros. Apostamos todo y lo perdimos. Hay tantas cosas que amas pero habías dejado «atrás» y tantas otras que te lastiman y vuelven a tu presente, que es bien difícil reconectar. Aún así, lo intentamos. En nuestro nuevo hogar retomaré mis estudios, tengo que repetir el año porque me fui antes de terminar, pero me gusta el colegio. Mi mamá seguirá en los programas de trabajo para ver si consigue algo, el hermano ya lo logró. Se empleó en un restaurante.

Queremos creer que es posible construir un futuro en nuestro país, que Dios no se ha olvidado de nosotros. ¡Ojalá!. Porque, *si no sale nada en los próximos meses, volveremos al Norte*, ha dicho mi mamá.

Searching for the North

I. Departure

Tic toc, tic toc... Amalia was never afraid, or so I thought every time I saw her, strong and confident. Tic toc, tic toc... she would go quiet when sensing danger, picking up the pace. *Faster, you can't miss the train*, whispered the honey-eyed girl. And she would laugh. Tic toc, tic toc... her heart about to jump out of her chest. Adrenaline, the thrill of the journey. Tic toc, tic toc, a rush of thoughts and ideas, her inner dialogues always ended well, because everything would be ok. I don't travel alone, God is by my side. Tic toc, tic toc... Staying home is just too risky. Leaving is just too risky. To make it all the way is... to save oneself. She will see her mom and, if she's lucky she'll see her dad too -if he gets acquitted-. Innocence and hope push her to keep going.

She was three years old when they left San Pedro Sula. She can't remember their voices or laughter, but she doesn't mind that. There will be plenty of time to recover the time they have lost. She would hug them first and then tell them about her life, school and girlfriends, Pachito -her best friend-; she would tell them about her quinceañera, her grandparents and their day-to-day struggles, how tough life is in Honduras, her plans of becoming a lawyer, and just how happy she is to see them again. Happiness! How long is forever? She heard somewhere it can be just a second, and now she gets it. Tic toc, tic toc... It's been a long time coming, but the day is here, at last! She'll start her journey heading north, where life is better, or so everybody says.

Tic toc, tic toc... She'll leave at 4:00 a.m. The sky is really dark, there are no stars to light the way but the birdsongs announce that dawn is coming. Her grandparents wish her a safe trip by the door. With tears and blessings they say goodbye to their little girl, accepting the inevitable. They are afraid. It doesn't matter she's dressed 'like a boy', that attire is an armour as fragile as she can seem: black hat, denim trousers, an oversized stripe shirt, and a pocket knife. They have lost their own children: one died in the gang war, and another one awaits sentence in a US cell. Hope and sustenance to their lives, gone.

—Are you ready?-, Asks grandma.

—Yes-, answers the granddaughter.

Her heart is a tight knot in her chest and tears swell up in her eyes. She hesitates for an instance. What if she could stay and study and look after her

old folks? They hug each other, don't want to let go. They've been together all her life. She's all they have left. But they can't hold her back. Life in La Rivera, their neighbourhood, is increasingly difficult, the fighting and shootouts are getting worse. The nights are riddled with bullets and there is blood on the streets, bodies strewn around the floor haunt the residents. Anyone can be the next victim. Teenage girls definitely are. Amalia is growing, her shape and way of walking are gracious. The *mareros* need women. She has to leave and reach her destination guided by the angels of the road. Tic toc, tic toc... she carries a picture of her family in her pocket, along with an old letter to her father. She separates tenderly from her grandma. A kiss on the forehead, a caress, -I'll make sure you come too- she says with a smile. She turns back and starts walking.

Her grandmother makes crosses in the air, she has her blessings against all danger and evil.

II. Friends for the journey

I met Amalia in Chiapas. When crossing borders, people get together to support each other, the bigger ones carry the lighter ones, the healthy look after the sick and that way we all keep going. In that particular group there were people from far away, who spoke different languages. From Haiti and Africa, I believe. They came in rafts by the sea, walking across hills and secret paths, hiding in cargo containers, with little girls and babies. Just like us! But on a much longer journey.

Multi-coloured bodies, beautiful and fragile, drinking water and showering in the river. Some Cubans were sharing stories from their journey: *They climbed a massive mountain in the Darién jungle, they crossed a river that overflowed, a woman and two kids didn't make it to the other side, and there are other bodies scattered around...* Just thinking how much distance we still had to cover, and imagining the million things that could happen, I got scared. And then I saw her. Like a ghost. A girl alone in the middle of a bunch of people who doesn't look afraid. She seemed cool and secure, serene almost, sitting amongst the tents by the river. That was Amalia. I admired her the moment I saw her! She sat by my side with a smile, maybe because she saw my face while listening to the Cubans, and gave me a mango.

—What's your name?

—Gabriela-, I replied. —And yours?

—Amalia- she said, —Pleasure to meet you-. And she smiled.
—Where are you from, Gabriela?
—From El Salvador.
—I don't know anyone from there-, she said. —What is it like?
—Now you know me- I joked, and continued. —Small and suffering. When there isn't gang violence there are hurricanes destroying everything and if we survive that, then we have to face poverty. My teacher says God has forgotten El Salvador. I sighed and we fell silent for a minute. Being by a river makes your thoughts start flowing. So I started over with my questions-
— Where are you from?
—From Honduras.
—And why are you travelling alone?- I inquired, because like my mom says, I'm very curious. I wanted to know how a skinny young girl was able to make this trip on her own. I could not!
—Because I have no one to keep me company-, she said calmly. —My parents are in the U.S., my brother was 12 when the *Mara* took him, and that wasn't even the last time they threatened my family. After a while they started harassing me, and my grandparents are too old to protect me. I had to leave. It's been a long, hard way, but just as complicated is to keep living there. It would be nice to have a friend, don't you think?-, then she smiled again. Eyes like honey with infinite sadness and a smile that I will never forget-
—Of course it would be nice!- I had a bite of the mango and thought of her solitary journey.
—Aren't you afraid?- I continued.
—Umm, not really. We're not alone on this journey, God is with us-, I believed her.
—Mom, can Amalia join us?
—Sure.

Amalia is my sister on this journey. Now we will always be together.

III. Dangers of the route

We travelled together for two weeks but for me it felt like a lifetime. At night we would look at the stars, while she told me her story and the details of her trip since she left home. She left with a group of friends. Honduras wasn't that tough, until they got a ride to Guatemala. That's when the hard part began. Walking for hours and hours, some days they would eat, some others they wouldn't. Hiding from the police, the thugs, scouting for safe places. You need to set up guard shifts because there are people who start following you.

They're always on the prowl, like hyenas checking on their chosen prey, waiting for you to lower your guard. People in plain clothes. Human traffickers and organ traffickers, gang members and thieves. The minute you fall asleep, Boom! You're done. That's what happened to Tita, the youngest girl in Amalia's group. She was 13, just like me! After days of too little food and sleep, the group was anxiously debating the route to follow.

—Best if we stick to the train tracks, *The Beast*, was an idea shared by some.
—But there's always patrolling-, said another one. —What if one of us doesn't
—make it up the train and gets stuck on the wheels?-.
—We could also follow the river-. Said another one.
—There are also cops down there.
—I'm not going back, no matter what, the *migra* is not putting their hands on me!- said the oldest guy.
—I'm tired of you all, of these unforgiving paths, of eating worse than a dog, of sleeping outside every night, of being afraid all the time, of every sound or movement as a lowlife thief; tired of being on the run, watch out for the *migra*! Watch out for the thugs! I'm done! I'm out of here!-. And Tita parted ways with the group. The prettiest one, with blond hair and pink cheeks. She didn't make it too far. The group was being closely followed, every step of the way. The thugs caught her on her own. Her oversized denim pants and the pocket knife weren't enough to deflect the attackers. Nobody even heard her scream. Poor Tita, the youngest. They found her lying naked in the shrubs. It was impossible to lift her spirits afterwards.

Amalia remembered that before leaving, someone told her to take contraceptives because those things do happen all the time. The gang members, the *polleros*, anyone can rape you. It was the 'Z' gang, somebody saw their tattoos. The group split. She stopped talking, and would only cry and cry, while being dressed or fed she'd cry, unstopably, without control. She ran to the highway, looking for the *migra* patrol. They noticed her and started coming closer. —We gotta go!-, one of guys yelled, and they all started running back. The girls stayed with Tita.

Tic toc, tic toc... Amalia was never afraid, or so it seemed. It's the thrill of the journey, she'd say. Tic tac, tic tac... How long does forever last? Sometimes, it's just a second. She put her hand in her pocket and felt the picture of her family and the letter for her dad. She mustered some energy and ran as fast as she could to reach the group, she got entangled in the bushes but kept running; she got cuts in her arms and legs but kept running. She would soon

see her mom and maybe even her dad -if he got released from jail-. She ran and ran, and fell! Tic tac...

When she woke up she was alone. She didn't know how long she was out. She missed the guys, maybe they were already on *The beast*. She cried her heart out. There are some really dark and painful moments in life, that continuing without a grandmother's prayer would be impossible.

After she told me these stories, like she was trying to get rid of them, Amalia asked me to close my eyes and imagine our lives after we'd reach the north. She had very nice things to imagine of her own making.

IV. Close to the border: Between *polleros* and the police

The *pollero* is coming. —We'll travel by night, it's safer. They just cannot catch us, we all know what we're doing is illegal. So everybody hush it and stay still until I say otherwise. Oh! And don't go anywhere, haha!-, he said with a laugh before leaving. That laughter still echoes in my head. His voice is rough and his eyes penetrating. A killer's look, mom would say, *you can't trust him*. His clumping frightens me: leather boots, steel point, gun showing on his belt. How much did we pay him? It was a lot of money. How long since he left?

One of top of the other, all crumpled up inside the van: mom, brother, Amalia, another four people and me, trying to get some sleep and take the least space possible. But we simply can't, it's just too tight. From my tiny corner I keep thinking about Tita, the African babies, our own destiny. My back is really killing me. It's been two days already in the desert, no water, no food, getting to the end of our rope. The road has been tough but as Amalia says: *what matters is to make it. Don't think about the way*, mom keeps telling us, *think about your grandpa's hug*. Her strength has helped us cross El Salvador, Guatemala, México. We're getting closer to the border but the fear hasn't gone away. I'm full aware I'm a coward. It's just wedged in my mind and I feel it deep in my bones. I ache all over. I'm not like my mom or Amalia, this journey northbound without a passport is harder than I expected. More like a suspense or horror film. You really don't know what's happening next.

Tic toc, tic toc... Dawn is coming and I can't sleep. Minutes turn to hours. I can feel the strong desert winds hit the sides of the van. The coyote howls seem quite close. And from the darkness, footsteps, getting closer. Tic toc, tic toc... The *pollero* is coming, that's gotta be him. *Crack! Crack!* It's been a loooong

time since he left. Each second feels like an eternity. *Crack!* Dry twigs breaking under a heavy body that clumps around in the sand. *Crack!* It's 4:00 AM and he hasn't returned. *Crack!* We lost an entire night. It's actually more than one person walking around. The *pollero* is not alone... Between the deafening echo of the wind, the unbearable cold and the crack crack around us, I feel desperate. My teeth are clattering loudly. I'm shaking, out of control. I want to scream at him, make him realise how irresponsible he is! Our lives are in his hands and he seems not to care, actually he doesn't care at all! My eyes avoided him since the beginning and now beg to find his. I'm crying! Even though I'm afraid of him, knowing he's here to guide us through the desert makes me feel safer. *Crack! Crack!* What is it now? Multiple ideas overloading my head, similar to what I experienced when we started getting blackmailed at my mom's restaurant. That's when my family's ordeal began. Week after week for over two years, paying to stay alive. Coming back from school became a torture. There were always bad news. I barely finished third grade. —Mom, what if we die?-, I asked her once. She broke down. It was really hard to leave that place but we did it. This is the road to our family's freedom. Tic toc, tic toc... *Why did he leave us here?! I yell.* —Shush, Gabriela!-. My mom scolds me. —Hush and duck, kid-. —Some men are coming- Says Amalia quietly. My head spins and I feel fainty, out of breath. I have a bad feeling. *Crack! Crack!*

Flash lights blinding our sight. It is not the *pollero*. It's the Border Police. —We're done!-, my brother says.

¡This is the end of the road!-.

After the *pollero* left us, got drunk somewhere and mentioned us to someone, flashing lights blinding us: *Hands up! Border Police!*, it all happened in seconds. *You're under arrest!*, banging on the van. *All right, move it! We don't have all day! Men on one side, women on the other, shoes out, belts, we're doing a body, search...* they broke down our group. My fear became a reality. Mom went to the women area, my brother to the men area and I was sent to the kids one. I didn't see Amalia again. The lies one hears when preparing were her demise: *Don't carry your documents because if they catch you they'll know where you're from.* The worst thing you can do is losing your documents, and she did. I heard she was taken to a detention center while they identify her. I don't know what will happen with her. There are people there who have been waiting for months. Poor, dear Amalia, is she afraid now?

V. Encounters and farewells

There is a planet in which its dominant inhabitants call themselves humans. These beings have a tendency to differentiate themselves from others, based on the concept of evolution. First from other species, compared to which they believe to have a higher consciousness. But also amongst themselves, to determine who is the strongest. They divide themselves along ideas of body types, languages, skin tone, the kind of foods they prepare... And thus, among self imposed categories, they created their countries. Imaginary lines mark what they call borders. According to the side of the border in which you find yourself you will be more or less fortunate. They have guards, checkpoints and weaponry to protect them, the idea being that no one should cross a border without being invited to do so. But many try... some of them manage to cross them, and a lot of them don't. We are staying here. We lost our north... for now.

That's how I met Luis, telling stories in a shelter in Reynosa. He can barely read or write but is a skilled narrator of beautiful stories. The *wordsmith* uses his whole tall and skinny body to convey the tale while moving through the room, saying his grandpa taught him his art. His big, open smile is a sort of beacon these days.

Luis is a boy from Quiché who crossed the border with Guatemala via Tapachula. Tired of the poverty of his community, of struggling to put some bread on the table, but mostly of the abusive way in which his stepfather treated his mother. He made a plan, borrowed money, got into a huge debt, \$10000 at 10% interest. He would go through the borders, up to the U.S., and start working with his uncle. Life is easier there, you can work and get paid in dollars, he would then send for his mom and pay what he owed. A master plan! Everything was going accordingly, he almost made it to Mcallen. Almost, but not quite. Something didn't work: flashing lights in his face, blinding his sight. And he stayed on this side. We're together for now. Luis is my new friend in the journey. I was sad and lonely, and his stories made me think, I can dream and smile again.

There are other creatures in that same planet where humans live: birds that roam the skies at their will and migrate when it gets too hot or too cold where they are, when the foliage starts dwindling or the snow covers the fields. There are new trees and new friends of different colours where they're heading, and they'll be able to nest. It is a natural order, and animals don't

have too much difficulty finding harmony. Fish can also travel around, following the sea currents... Can you imagine some fish telling the others 'hey you, with the blue stripes! You cannot cross past that sign there'? Haha.

We share a laugh. Luis and me. For a moment I dream am not a human and I can leave behind all those imaginary lines called borders, turn into a bird and fly wherever I please with mom and my brother, with Luis and Amalia. Luis helps me forget my fears...

—All right! Listen everybody! Quit it with the storytelling and get ready because you're being picked up now-, yelled the Sergeant, cutting short Luis' tale of planets and migrating fish, and went through the list: López, Lemus, Flores, Cruz... Luis Cruz. It was the last time I saw him, I gave him a big, long hug. And I cried.

—Another friend I lose-, I told him.

—No-, he said. —Just another friend- and smiled.

VI. The return

The way there: 40 days of fear and vertigo. The way back: a 40-hour ride on an air conditioned bus with its own bathroom. With all that comfort, I couldn't peel my face from the big window. I wanted to see the other route, the one those allowed to cross the line *that way* make. On the way I thought about Amalia, Luis and Tita; on the Africans and the Cubans' stories. How many people would make it through and how many wouldn't? My grandpa, when would I be able to see him? I felt frustrated, fancy bus ride notwithstanding. Mom was also very upset, I caught her sight on the window and noticed it. I embraced her. We stayed like that for a while... until I fell asleep in her arms.

Mom asked for political refugee status in México but they denied it to us:

—We cannot live in San Salvador-, she told the agent at the station before we got in the bus.

—I can't do anything, ma'am-, the officer replied drily.

—We have a death mark in our backs, we tried to escape extortion, and you know you pay for that with your life, please sir-, mom continued, almost begging.

—I am sorry, but it's the law-. Thus sealing our destiny to return to El Salvador. It takes so long to reach a border and so little to go back! Seems like a joke.

After such a journey you are at the starting point but just more vulnerable. At this point, who could help us?

We looked for an answer in a government program for the returned. Mom registered us hoping to get us some kind of protection. They listened to us there, we talked to a psychologist and I told him all my stories. We also received training and advice on where to live and how to proceed. The main thing was changing cities. Now we're going to Usulután.

Before leaving I contacted Luis to tell him our good news: –I'm working as a farmhand to pay back the loan-, he told me. –No chance to study with such a debt! I have to pay \$230 a month, but I'm hanging in here, working hard and steady I think I can make it. I'm still young and have the time-, he said. I haven't heard anything about Amalia. I don't know if she was deported to Honduras or she's still in the shelter, waiting to be ID'd in the system. I do remember her smile, her tender voice, her harrowing journey and how she would soothe me with her visions for our life in the north. I see her when I look at the stars. The fearless girl, facing her journey with a confident stride; she made it through and like a free migrating bird, is nesting now with her mom and dad.

Life is not easy upon return. The future is still uncertain for us. We risked everything and we lost. There are so many things you love but had to leave 'behind', and so many others that hurt you every time they come back to your present, that it is hard to reconnect with an idea of normalcy. We keep trying, anyway. In our new home I'll go back to school, I'll have to redo the year I left unfinished, but I like school. Mom will stay in the job placement program until she finds something, my brother already has. He's working in a restaurant.

We choose to believe it is possible to build a future for us in our own country, that God has not forgotten about us. Hopefully! Because if nothing comes up in the next few months, mom has already said: *we'll go back to the North.*